

ción y mi agradecimiento. Buenas noches, Melpómene, pasadlo bien.

AL SEÑOR MARQUÉS DES ISSARTS

EMBAJADOR DE FRANCIA EN DRESDE

París, 19 de Febrero de 1750.

Os envío, señor, lo que desearía llevar en persona, é inmediatamente, á los pies de la que tanto honra á España y Francia. Os confieso que estoy muy maravillado. No hay ni una falta de francés en toda la obra ¹. No hay dos contra las reglas severas de nuestra versificación, y el estilo es mucho más claro que el de muchos de nuestros autores. No hay mejor indicio de un espíritu exacto y recto que el explicarse claramente. Las expresiones sólo son confusas cuando lo son las ideas.

Esta obra es el fruto de un conocimiento profundo y delicado de la lengua francesa y de la italiana, y de un genio fácil y feliz.

Semejante mérito es muy raro en las condiciones ordinarias. Puede decirse que es único, tratándose de la categoría á que pertenece la persona respetable cuyo nombre callo. Le erijo altares en secreto, y desearía poderle dirigir mi incienso al punto del cielo en que nabita.

Quels talents divers elle allie!
Comme elle charme tour á tour
Tantôt les dieux de ce séjour
Et tantôt ceux de l'Italie!

1. Tragedia en verso francés que la princesa de Sajonia, hermana de la señora Delfina, había enviado á Voltaire para que la examinase y le diese su parecer.

Rome, la première cité,
Et Paris au moins la seconde,
Ont dit dans leur rivalité :
Son esprit, comme sa beauté,
Est de tous les pays du monde.

On dit qu'autrefois de Saba
Certaine reine un peu savante
Devers Salomon voyagea
Et s'en retourna fort contente;

Mais, s'il était un Salomon,
Je sais ce que ferait le sage;
Il ferait à Dresde un voyage,
Et viendrait y prendre leçon.

Mais, retenu par les merveilles
Qui soumettent à leurs appas
Le cœur, les yeux et les oreilles,
Le sage ne reviendrait pas.

Á MADEMOISELLE CLAIRON

ACERCA DE LA TRAGEDIA ORESTES

Lunes, Enero de 1750.

Habéis debido recibir, señorita, un cambio muy ligero, pero que considero muy importante. No creo estar ciego; veo que todos los verdaderos literatos hacen justicia á esta obra lo mismo que á vuestro talento. Sólo merced á un examen severo y continuo de mí mismo, y una extrema severidad para con los consejos prudentes, consigo hacer la pieza menos indigna cada día de los encantos que le prestáis.

Si tuviéseis la cuarta parte de la solidez de que yo me glorio, agregaríais perfecciones muy singulares á las que ya habéis introducido en vuestro papel. Os daríais exacta cuenta del efecto prodigioso que hacen los con-

trastes, las inflexiones de voz, las transiciones de la declamación rápida á la declamación dolorosa, los silencios después de la precipitación, el abatimiento sombrío que se expresa con voz sorda después de los gritos que arrancan la esperanza ó el arrebató. Tendriais el aspecto abatido, consternado, los brazos caídos, la cabeza algo inclinada, y la palabra sorda, sombría y entrecortada. Guando Ifiso os dice :

Pammène vous conjure
De ne pas approcher de sa retraite obscure ;
Il y va de ses jours...

le responderíais, no con el tono ordinario, sino con todos los sintomas del desaliento, después de un ¡ah! muy doloroso :

¡ Ah!... que m'avez-vous dit!
Vous vous êtes trompée...

Observando estos pequeños artificios artísticos, hablando á veces sin declamar, matizando de esta suerte los hermosos colores con que vestís el personaje de *Electra*, llegaríais á esa perfección á la que casi tocáis, y que debe ser objeto de un alma noble y sensible. La mía se siente nacida para admiraros y aconsejaros; pero si queréis ser perfecta, pensad que nadie lo ha sido nunca sin escuchar consejos y que es preciso ser dócil en proporción del gran talento que se tiene.

AL REY DE PRUSIA

1750.

Señor: He aquí uno de los disgustos que tuve el honor de predeciros hace diez años, cuando, después de haber enviado vuestro *Antimaquiavelo* á Holanda, por

orden de Vuestra Majestad, hice lo que pude para suprimir esta obra.

Vuestra Majestad puede recordar que el bribón Van Duren, que hoy se llama vuestro librero, no tuvo en cuenta ninguna de mis enmiendas, como tampoco tuvieron las autoridades mis peticiones. El tunante había hecho copiar el manuscrito y, por mi parte, no pude obtener de los jefes de la república que le obligasen á devolver, por dinero, lo que le habían dado gratis.

El libro apareció, pues, á pesar de mis reiterados esfuerzos, y apareció con algunos pasajes contra la persona de un rey á quien habíais imitado en las victorias¹, y contra un monarca á quien estimabais², y hubiera sido vuestro aliado natural contra los rusos si los polacos hubieran sido bastante afortunados y bastante fuertes para sostener al que tan legítimamente eligieron. Sus virtudes y su alianza con la casa de Francia son lazos que os unen con él. Este monarca se siente muy afligido por la manera con que habéis hablado de Carlos XII y de su persona. Es muy fácil reparar lo que acaso se os ha escapado, al correr de la pluma, acerca de esos dos príncipes á quienes estimáis. Os suplico, señor, que hagáis una edición, que será la única auténtica, en la que no dudo hará justicia Vuestra Majestad á dos reyes amigos suyos.

Vuestra Majestad debe aprobar hoy más que nunca el proyecto que tuvo Carlos XII de arrojar á los rusos de la Livonia y de la Ingria, y de poner una barrera entre ellos y Europa. Si el rey de Polonia ocupase el trono que debe ocupar, los polacos podrían entonces recordar lo que han sido y contribuir á arrojar á los osos moscovitas hacia sus bosques.

1. Carlos XII, rey de Suecia.
2. Estanislao Leczinski, rey de Polonia.

Algunas líneas conformes con vuestras ideas, y que hiciesen justicia á ambos monarcas, harían el efecto deseado en todos los que admiran vuestro libro, y vuestra pluma sería como la lanza de Aquiles, que cura todas las heridas que hace.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Postdam, 7 de Agosto de 1750.

Divinos ángeles míos, ¿acaso se encuentra en Neuilly vuestro Sans-Souci? Tenéis menos columnas de mármol, menos balaustradas de cobre dorado; por muy hermoso que sea vuestro salón, no tiene una cúpula magnífica; el rey cristianísimo no os ha enviado estatuas dignas de Atenas, y no habéis podido ni siquiera deshaceros de vuestros bustos; con todo eso me parece que Neuilly vale tanto como Sans-Souci, pero detestaré á Neuilly y vuestro Bosque de Boulogne, si madama d'Argental no encuentra allí la salud, si monsieur de Choiseul no puede cenar á su gusto y si el señor coadjutor se encuentra mal del pecho. Á vos os puedo pasar una indigestión.

¡Dichosos los que no están enfermos sino cuando quieren! Todas las noticias que recibo de los espectáculos de París hacen que no eche de menos á Neuilly ni á vuestro pequeño teatro. El mal gusto reina en París. Aún tendréis por algunos años. Es una enfermedad epidémica que debe seguir su curso, y sólo se volverá á lo bueno cuando estéis fatigados de lo malo. La profusión os ha perdido. El exceso de ingenio ha extraviado, en casi todos los géneros, el talento y el genio; y la protección concedida á Catilina ha acabado de perderlo todo. Confieso que los prusianos no hacen mejo-

res tragedias que nosotros; pero os costaría mucho trabajo organizar, con motivo del parto de madama la Delfina, un espectáculo tan noble y tan galante como el que se prepara en Berlín. Un torneo compuesto de cuatro cuadrillas numerosas, de cartagineses, persas, griegos y romanos, dirigidas por cuatro príncipes á quienes aguijonea la emulación de la magnificencia, y alumbrado todo por veinte mil antorchas, que trocarán la noche en día. Los premios serán distribuidos por una hermosa princesa, y acuden, para contemplar este espectáculo, multitud de extranjeros. ¿No os parece esto la época brillante de Luis XIV, que renace á orillas del Spree? Unid á esto la completa libertad de que aquí gozo, las atenciones y las bondades indecibles del vencedor de Silesia, que lleva todo el peso del gobierno desde las cinco de la mañana hasta la hora de comer, que consagra absolutamente el resto del día á las bellas letras, que se digna trabajar conmigo tres horas seguidas, que somete á la crítica su gran genio, y que, en la mesa, es el hombre más amable, el lazo y el encanto de la sociedad. Después de esto, ángeles míos, hacedme justicia. ¿Qué tengo que echar de menos, sino á vos sólo, sin olvidar á madama Denis? Vosotros sois para mí superiores á todo cuanto aquí veo. No os hablaré hoy de Aurelia y de las ediciones de mis obras con que me amenazan por todos lados. Aprendo del rey de Prusia á corregir mis faltas. El tiempo que no paso á su lado lo empleo en trabajar sin descanso tanto como me lo permite mi salud. ¡Oh sabios habitantes de Neuilly, conservadme una amistad más preciosa para mí que toda la grandeza de un rey lleno de mérito! Mi alma se divide entre vosotros y Federico el Grande.

Á MADAMA DENIS

EN PARÍS

Postdam, 13 de Octubre de 1750.

Henos ya en el retiro de Postdam: ha pasado el tumulto de las fiestas y mi alma está más á sus anchas. No me pesa el hallarme al lado de un rey que no tiene ni corte ni consejo. Es verdad que Postdam está habitado por soldados mostachudos y gorros de granadero; pero, á Dios gracias, no los veo. Trabajo apaciblemente en mis habitaciones al son del tambor. He suprimido las comidas del rey; había en ellas demasiados generales y príncipes. No podía acostumbrarme á estar siempre en presencia de un rey con gran ceremonia y hablar en público. Ceno con él en más reducida compañía. La cena es más corta, más alegre y más sana. Me moriría al cabo de tres meses de pesar y de indigestión si tuviera que comer todos los días con un rey en público.

Me han cedido, hija mía, en debida forma, al rey de Prusia. Mi matrimonio es, pues, un hecho. ¿Será feliz? No lo sé, no he podido menos de decir sí. Había que acabar por este matrimonio después de las coquetías de tantos años. El corazón me palpitaba en el altar. Pienso ir el invierno que viene á daros cuenta de todo y tal vez á traerlos. Ya no se trata de mi viaje á Italia. Os he sacrificado sin remordimiento el santo padre y la ciudad subterránea; hubiera debido tal vez sacrificarlos á Postdam. ¿Quién me hubiera dicho hace siete ú ocho meses, cuando me instalaba en vuestra compañía en París, que acabaría por irme á vivir á trescientas leguas en casa de otro? ¡Y este otro es un amo! Me ha

jurado que no me arrepentiría: os ha inscrito, hija mía, en una especie de contrato que ha firmado conmigo y que os enviaré; pero, es decir, á venir á ganar vuestra pensión de cuatro mil libras. Mucho me temo que hagáis como madama de Rothembourg, que ha preferido siempre las óperas de París á las de Berlin. ¡Oh destino, cómo arreglas los acontecimientos y cómo gobiernas á los pobres humanos!

Es cosa divertida que los mismos literatos de París, que hubieran querido exterminarme hace un año, griten actualmente contra el alejamiento y le llamen deserción. Parece que sienten haber perdido su víctima. He hecho muy mal en separarme de vos, mi corazón me lo repite todos los días más de lo que creéis, pero he hecho muy bien en separarme de esos señores. Os abrazo con ternura y con dolor.

Á MADAMA DENIS

Postdam, 28 de Octubre de 1750.

No sé por qué me priva el rey del puesto de historiógrafo de Francia y se digna conservarme el título de gentilhombre ordinario; precisamente porque estoy en país extranjero soy más á propósito para ser historiador; parecería menos lisonjero, y la libertad de que gozo daría más peso á la verdad. Hija mía, para escribir la historia de su país hay que estar fuera de él.

Heme ahora dependiendo de dos amos. Aquél que dijo que no se puede servir á dos amos á la vez, tenía mucha razón; así es que para no contradecirle no sirvo á ninguno. Os juro huiría de aquí si tuviese que desempeñar mi cargo de chambelán como en las otras cortes. Mis funciones consisten en no hacer nada. Vivo á

mi albedrío. Consagro una hora por día al rey de Prusia para redondear un poco sus obras en prosa y verso. Soy su gramático y no su chambelán. El resto del día me pertenece y la noche termina con una cena agradable. Ocurrirá al fin que, á pesar de los títulos de que no hago ningún caso, no ejerceré la chambelanía y escribiré la historia.

Me he traído felizmente todas mis notas acerca de Luis XIV. Haré venir de Leipzig los libros que necesito y escribiré aquí el *Siglo de Luis XIV*, que nunca hubiera terminado en París. Las piedras que empleaba para erigir un monumento en honor de mi patria hubieran servido para aplastarme. Una palabra atrevida hubiera parecido una licencia desenfadada; se hubieran interpretado las cosas más inocentes con esa caridad que todo lo emponzoña. Ved si no lo que le ha sucedido á Duclós con su *Historia de Luis XI*. Si es mi sucesor en historiografía, como dicen, le aconsejo que no escriba sino cuando haga como yo un viajecito fuera de Francia.

Ahora estoy corrigiendo la segunda edición que quiere hacer el rey de Prusia de la historia de su país. Un autor como él puede decir lo que quiera sin salir de su patria. Usa de este derecho en toda su extensión. Figuraos que para parecer más imparcial la emprende terriblemente con su abuelo; yo he amortiguado los golpes cuanto he podido. Me gusta algo el tal abuelo ¹ porque era magnífico y ha dejado hermosos monumentos. Mucho trabajo me ha costado hacer dulcificar los términos con que el nieto reprocha á su abuelo la vanidad de haberse hecho rey; es una vanidad de que sus descendientes sacan ventajas muy sólidas, y el título no es del todo desagradable. Por último, le he dicho:

1. Federico I.

Es vuestro abuelo y no el mío; haced con él lo que os dé la gana; y me he reducido á corregir frases. Todo esto entretiene y llena el día; pero, hija mía, los días transcurren lejos de vos. No os escribo jamás sin pensar, sin remordimiento y sin amargura.

Á MADAMA DENIS

EN PARÍS

Berlín, 26 de Diciembre de 1750.

Escribo junto al calorifero; tengo la cabeza pesada y el corazón triste al fijar los ojos en el Sprée, porque el Sprée desagua en el Elba, el Elba en el mar, y el mar recibe las aguas del Sena, y porque nuestra casa de París está muy cerca de este último río; y yo me digo, hija mía ¿por qué estoy en este palacio y en este gabinete cuyas ventanas dan al Sprée, y no en nuestra casa junto al fuego? No hay nada más bello que la decoración del palacio del Sol en *Faetón*. La señorita Astrua tiene la más hermosa voz de Europa; pero ¿valía la pena de dejaros por una cantante que hace gorgoritos y por un rey? ¡Cuántos remordimientos siento, hija mía! ¡Cuán envenenada se halla mi dicha! ¡Cuán corta es la vida! ¡Qué triste es buscar la dicha lejos de vos! ¡y cuánto remordimiento se se siente al encontrarla!

Me encuentro apenas convaleciente; ¿cómo partir? El carro de Apolo se atascaría en los barrizales que cubren el Brandeburgo. Esperadme, amadme, recibidme, consoladme y no me riñáis. Es destino mío tener que hacer con Roma de un modo ó de otro. No pudiendo ir á ella, os envío á Roma en forma de tragedia por el correo de Hamburgo, tal como la he reto-

cado; sirva esto, por lo menos, para distraer el dolor común de nuestro alejamiento. Temo mucho que no estéis muy contenta con el papel de Aurelia. Vosotras las mujeres estáis acostumbradas á hacer el primer móvil de las tragedias como lo sois de este mundo. Es preciso que tengáis rivales, que os creéis rivalidades, que os adoren, que os maten, que os echen de menos y que se maten en vuestra compañía. Pero el caso es, señora, que Cicerón y Catón no eran galantes, y César y Catilina no eran capaces de hacerse matar por vosotras. Hija mía, quiero que os figuréis que sois hombre para leer mi pieza. Pedid al abate d'Olivet que os preste su gorro de dormir, su bata y su cicerón, y leed *Roma salvada*, arreglada con estos adminículos. En tanto que tomáis las disposiciones para gobernar la República romana en el teatro de París y para disfrazar de Catón y de Cicerón á nuestros comediantes, continuaré apaciblemente trabajando en el *Siglo de Luis XIV*, y daré tranquilamente la batalla de Nerwinde y de Hochstedt. *Varietät es mi divisa*. Tengo necesidad de más de un consuelo y no son los reyes los que me lo dan, sino las bellas letras.

Á M. LESSING †

Berlín, 1 de Enero de 1751.

Os han escrito ya, señor, para suplicaros que devolváis el ejemplar que me han robado y que ha ido á parar á vuestras manos. Yo sé que no podía ser confiado á hombre menos capaz de abusar de él y más

El célebre literato alemán, muerto en 1785. Se trata aquí del *Siglo de Luis XIV*, que el joven Lessing se había llevado, cometiendo una indiscreción, de casa de su amigo Richier, secretario de Voltaire, aunque lo devolvió en seguida.

capaz de traducirlo bien. Pero como he corregido posteriormente mucho esta obra y he hecho intercalar más de cuarenta trozos nuevos, me hariais un daño considerable traduciéndola en el estado en que la poseéis. Me lo hariais mucho mayor aún permitiendo que se imprima el libro en francés, pues arruinariais á M. de Francheville ¹, que es un hombre muy honrado y editor de la obra. Ya comprenderéis que se veria obligado á presentar una queja á los magistrados de Sajonia, y nada podria perjudicaros más ni cerraros más seguramente el camino de la fortuna. Mucho sentiria el que la menor negligencia por vuestra parte en este asunto pusiese á M. de Francheville en la cruel necesidad de proceder públicamente.

Os suplico, pues, que me devolváis el ejemplar que ya os han pedido en mi nombre; es un robo del que he sido víctima, y vos tenéis demasiada honradez para no reparar el daño que he sufrido.

Mucho me alegraré de que no sólo traduzcáis el libro en alemán, sino que también lo publiquéis en italiano, según habéis dicho á los hijos de M. de Shullembourg. Os devolveré la obra completa con todo lo que he añadido y todos los informes necesarios, y recompensaré con el mayor placer la buena fe con que me devolváis lo que os pido. Desgraciadamente se sabe en Berlín que ha hecho el robo mi secretario Richier. Haré lo que pueda por no perder al culpable, y hasta lo perdonaré en gracia de la restitución que espero de vos. Tened la bondad de enviarme el paquete por el correo, y contad con mi completo agradecimiento.

1. Consejero áulico de Prusia y miembro de la Academia de Berlín.

Á LA SEÑORA DUQUESA DU MAINE

Berlin, 1.º de Enero de 1751.

Señora: He sabido la enfermedad de Vuestra Alteza serenísima, con dolor y con espanto, y su restablecimiento con transportes de júbilo. Todo el mundo hace votos en el país en que me encuentro, donde las bellas artes empiezan á nacer, lo mismo que en Francia, donde degeneran. Todos desean con ardor vuestra conservación, tan necesaria para el mantenimiento del buen gusto y de la verdadera cortesía del espíritu de que Vuestra Alteza es modelo. Vivid, señora, tanto tiempo como M. de Fontenelle; pero aun cuando viviéseis mucho más aún no veríais jamás una época como la que os considera como su ornamento y gloria. Soy, señora, con el más profundo respeto y con inquebrantable adhesión, etc.

Á M. DEVAUX

Postdam, 8 de Mayo de 1751.

Mi querido Paupau (porque no hay medio de olvidar el nombre que os hacia tan amable): El mismo día en que recibí sus órdenes para servir á vuestro amigo (súplica es orden en este caso), corri á casa de un príncipe y después á casa de otro; pero todas los puestos estaban ocupados. Escribí al día siguiente á la hermana ¹ de un héroe, á la digna hermana del Marco Aurelio del Norte, para saber si tenía necesidad de una persona amable de excelente sociedad y útil. No se ha tomado aún decisión alguna. Esperaba poder enviaros

1. Guillermina, margrave de Bareuth.

con la presente un mandamiento para vuestro amigo; pero puesto que tardan tanto, no quiero yo tardar en daros las gracias por haberos acordado de mí.

Cuando recibáis una segunda carta mía, elevará seguramente la satisfacción de vuestro deseo, y M. de Liébaud podrá ponerse en camino en seguida. Si no os escribo es que no hay nada hecho.

Mi querido Paupau, ponedme, os lo suplico, á los pies de la más amables de las viudas ¹. No la olvidaré jamás, y cuando vuelva á Francia me dirigiré sin duda por la Lorena. Vos también tendréis vuestra parte, mi querido y antiguo amigo. Iré á suplicaros que me presentéis en vuestra Academia.

Nuestra permanencia en Postdam es una Academia perpetua. Dejo al rey hacer de Marte todas las mañanas; pero por la noche hace de Apolo, y á la hora de la cena, nadie diría que ha estado ejercitando á cinco ó seis mil héroes de seis pies; esto es al mismo tiempo Esparta y Atenas, mi campamento y el jardín de Epicuro, trompetas y violines, la guerra y la filosofía. Dispongo de todo el tiempo que deseo, estoy en la corte, pero soy libre; y si no fuera enteramente libre, no podrían proporcionarme un grano de felicidad ni la enorme pensión que disfruto, ni la llave de oro que desgarrar el bolsillo, ni el ronzal que se llama *collar de una orden*, ni siquiera las cenas en compañía de un filósofo que ha ganado cinco batallas. Me hago viejo, tengo poca salud, y prefiero á las cenas de los reyes y á lo que se llama *hombres y fortuna*, estar á mi gusto con mis papelotes, mi *Catilina*, mi *Siglo de Luis XIV* y mis píldoras. Se trata de vivir contento y tranquilo; lo demás es una quimera. Echo de menos á mis amigos, corrijo mis obras y tomo medicinas. Ésta es mi

1. Madama de Boufflers.

vida, mi querido Paupau; si hay por casualidad en Luneville alguien que se acuerde del solitario de Postdam, ofrecedle mis respetos.

Hubo una época en que todos los que llevaban el nombre de Beauveau me tomaban bajo su protección. ¿Ha pasado por completo esta época? ¿Acaso la señora marquesa de Boufflers se digna conservarme alguna amistad? ¿Se alegraría de verme de nuevo en su corte? ¿Sería bastante bondadosa para decir al rey de Polonia, que seguramente no se cuidará de ello, que toda mi vida viviré penetrado de las bondades y de las virtudes de Su Majestad? Es el mejor de los reyes, porque hace todo el bien que puede.

Adiós, mi querido Paupau; seguid siendo siempre aficionado á los versos, pero sólo á los buenos; y conservad algún cariño al hombre á quien siempre ha encantado vuestro carácter. *Vale et me alma.*

Á LA DUQUESA LUISA DOROTEA

DE SAJONIA-GOTHA

Berlín, 23 de Mayo de 1751.

Señora: ¿Se dignará Vuestra Alteza serenísima aceptar el homenaje que un hombre, que le es tal vez desconocido, se atreve á poner á sus pies? Monseñor el principe vuestro hijo, á quien hice alguna vez la corte en París, me serviría de protector cerca de Vuestra Alteza serenísima. Tenía los más vivos deseos de presentarme en vuestra corte de paso para Berlín, á fin de admirar de cerca las virtudes de una madre tan respetable; no me consuelo de no haber podido gozar de este honor ni de haber tenido la honra de ver á

monseñor el principe de Gotha, á quien vi en París cuando hacia concebir tan grandes esperanzas.

No me tomaría la libertad de presentar á Vuestra Alteza serenísima la colección que han hecho en Dresde de mis obras ¹, si este ejemplar no fuese digno, por su singularidad, de ocupar un puesto en una biblioteca. Hay más de doscientas páginas corregidas de mi mano ó reimpresas. No hay más que tres ejemplares análogos en el mundo. He creído cumplir un deber enviando uno de ellos á la señora princesa real de Polonia, y poniendo el otro á vuestros pies. Me atrevo á confiar, señora, en vuestra indulgencia y en vuestra bondad.

Soy con el más profundo respeto, etc.

Á LA SEÑORA MARQUESA DU DEFFAND

Postdam, último de Mayo de 1751.

Me parece, señora, que mi camarada d'Hamon sirve á su rey con tanta rapidez como pereza emplea en devolver las cartas de los particulares. Hubiera deseado, en este mes de Junio en que estamos, el viaje de que habla; y en verdad, señora, hubiérais sido uno de los principales motivos de él. Hasta hubiera podido aprovechar el viaje que hace el rey, mi nuevo señor, al país que habitó en otro día la princesa de Cleves; pero este viaje será muy corto, y le he prometido permanecer en su corte hasta el mes de Septiembre. Hay que cumplir la palabra que se da á los reyes, y sobre todo á éste; por otra parte, me inspira tanto ardor por el trabajo, que si no hubiera aprendido á estar ocupado lo aprendería á su lado. Jamás he visto hombre tan

1. Edición de 1748.

laborioso. Me avergonzaría de verme ocioso cuando veo un rey que gobierna todas las mañanas una nación de cuatrocientas leguas cuadradas, y que cultiva las letras todas las tardes. Este es el secreto de evitar el fastidio de que me habláis; pero para esto hay que tener la furiosa afición al estudio que tenemos él y vuestro humilde servidor.

Cuando vienen de París algunos libros nuevos rebosantes de ingenio que no se entiende y erizados de máximas viejas, arregladas y retocadas con oropel nuevo, ¿sabéis, señora, lo que hacemos? No los leemos. Aquí tenemos todos los libros buenos del siglo pasado, lo cual es muy excelente; y los leemos y releemos para preservarnos del contagio.

Me habláis de dos ediciones de mis tonterías. Es muy claro, señora, que la más pequeña será la menos mala. No he visto aún ninguna de las dos. Las condeno ambas, y creo que, así como no hay que publicar todo lo que hacen los reyes, sino sólo las cosas memorables, así también no hay que imprimir todo lo que dicen los pobres autores, sino, á todo tirar, lo que puede ser digno de la posteridad.

Dicenme que la publicación de París es sin comparación menos mala que la de Ruán, y más correcta; si estuviere en París tendría el honor de presentárosla. Quieren que haga aquí una á mi antojo; pero no sé cómo arreglarme. Desearía echar al fuego la mitad de lo que he hecho, y corregir la otra mitad. Con estos hermosos sentimientos de penitencia no adopto ningún partido, y continúo poniendo en orden el *Siglo de Luis XIV*. He traído todos mis materiales; son oro y pedrerías, pero temo tener la mano pesada.

Ese siglo era hermoso; ha enseñado á pensar y hablar al actual; pero temo que los discipulos sean infe-

riores á sus maestros, queriendo hacer algo mejor. Yo procuro, por lo menos, expresarme con toda naturalidad, y espero que cuando vuelva á París ya no me entenderán. El señor presidente Hénault, para quien creo haberos enviado los más cariñosos recuerdos, me habrá olvidado acaso por completo. Los santos no deben desdeñar de esta suerte á los devotos. Tengo tanto más derecho á sus bondades, cuanto que pertenece al siglo de Luis XIV.

¿Seguís yendo siempre á Sceaux, señora? Me había tomado la libertad de dar una carta á d'Hamon para la señora duquesa du Maine. Creo que la entregará dentro de algunos años. Habéis perdido en esta corte á dos personas muy distintas una de otra, Madama de Staal y Madama de Malause.

Conservaos, y no comáis demasiado; cuando estábais tan enferma, os predije que viviríais muy largo tiempo. Sobre todo, no os hastiéis de la vida; porque en verdad, después de haberlo pensado bien, resulta que es lo mejor que hay. Conservaré durante toda la mía los sentimientos que os he consagrado, y amaré siempre á París, á causa de vos y de un pequeño número de elegidos.

Á MADAMA DE FONTAINE

Postdam, 17 de Agosto de 1751.

Mi querida sobrina: He recibido con bastante retraso vuestra carta de Plombières; es del 17 de Julio, y no ha llegado á mi poder sino al cabo de un mes. Ó está mal la fecha, ó los correos de vuestras enriscadas montañas no son demasiado regulares. Mi respuesta os hallará probablemente en París. Al fin os habéis acor-

dado de vuestro desertor, en medio de la ociosidad de la temporada de aguas. En otro tiempo me hicieron mucho bien, pero el cocinero de M. de Richelieu me hizo mucho daño. Espero que seguiréis mejor régimen que yo. Vuestro estómago se parece algo al mío; por eso es preciso que seáis muy prudente. Por mi parte, después de haber probado aguas frías y aguas calientes, y todas las clases de régimen, buenas y malas; después de haber pasado por las manos de los charlatanes, médicos y cocineros; después de haber estado enfermo en Berlín el invierno pasado, he empezado á cenar, á comer y hasta á almorzar: me dicen que estoy mucho mejor, y que me he rejuvenecido; yo sé muy bien que no hay nada de eso; pero he vivido tranquilamente seis meses casi seguidos con mi rey, comiendo como un diablo, tomando, como él, un poco de ruibarbo en polvo cada tres días. Os confío el secreto, por si alguna vez queréis ponerlo en práctica; es bueno para los reyes y para sus chambelanes, y tal vez lo sea para vos; pero temo furiosamente el invierno, por vos y por mí. Paréceme que es nuestra estación más peligrosa; sería para mí la más agradable si la pasase en vuestra compañía; pero dudo mucho que pueda abrazaros este invierno en París. Tengo algunas ocupaciones anejas á mi cargo, y temo no poder desembarazarme de ellas tan pronto como yo quisiera; y si el invierno empieza antes de que mi trabajo haya concluido, no habra medio de partir. No tengo en la corte donde me encuentro los consuelos que vos tenéis en París; me hago viejo, hija mía; pero hay flores y frutos en todo tiempo. Nunca he disfrutado una vida más feliz y más tranquila. Figuraos un castillo admirable, donde el dueño me deja completa libertad, hermosos jardines, buena mesa, algún trabajo, compañía

y cenas deliciosas con un rey filósofo, que olvida sus cinco victorias y su grandeza. No negaréis que se me puede excusar el haber abandonado á París. Sin embargo, no me puedo perdonar el estar tan lejos de vos y de mi familia. He estado á punto de hacer un viaje á París. Hubiera pasado por Estrasburgo y Luneville, y hubiera ido á tomar en vuestra compañía las aguas de Plombières. Me veo obligado á diferir por largo tiempo mi viaje; pero si Dios me da vida, me propongo abrazaros lo más tarde la primavera próxima.

Á MADAMA DENIS

EN PARÍS

Berlín, 2 de Septiembre de 1751.

Aún tengo tiempo, hija mía, de enviaros un nuevo paquete. En él encontraréis una carta de La Métrie para el señor mariscal de Richelieu, implorando su protección. Á pesar de que es lector del rey de Prusia, arde en deseos de volver á Francia. Este hombre tan alegre, y que pasa por reírse de todo, llora á veces como un niño de verse aquí. Me conjura á que solicite de M. de Richelieu que le obtenga el perdón. En verdad, no hay que fiarse de apariencia.

La Mettrie, en sus prefacios, hace gala de su extremada felicidad en hallarse al lado de un gran rey que le lee algunas veces sus versos; en secreto llora conmigo. Desearía volverse aunque fuera á pie; pero y yo, ¿por qué estoy aquí? Voy á causaros un gran asombro.

El tal La Mettrie es un hombre sin consecuencia, que habla familiarmente después de la lectura. Me habla con confianza, y me ha jurado que, hablando